

REALEZA, ARISTOCRACIA Y MECENAZGO
[DEL EJERCICIO DEL PODER *MODO CALAMO*]

FERNANDO BOUZA

Universidad Complutense de Madrid

«Vive como deseas, para vivir eternamente.»

(Francisco Jacinto de Funes Villalpando)

Aunque no deje de ser pertinente, el título principal de esta ponencia resulta tan amplio que, a todas luces, conviene de inmediato colocarlo en los que van a ser sus justos términos, que, por supuesto, son mucho más concretos. Permítanme que, para ello, les recuerde dos testimonios que tomo del inmenso venero de dichos y hechos de la época de Felipe II. Uno y otro tienen que ver con la bien conocida afición que el monarca sentía por las materias de arquitectura y con la particular manera en la que el regio interés por las trazas era percibido por algunos nobles de la corte¹.

El 3 de abril de 1580, el Duque de Béjar le dirigió una carta al secretario real Mateo Vázquez tras haber visitado el sitio real de Aranjuez, donde, todavía después de muchos años, se trabajaba en el edificio palaciego siguiendo los designios del monarca². Pasada la Pascua, dice el grande, «fui a Aranjuez y vi aquella máquina que muestra bien el dueño que tiene y holgóme mucho», añadiendo que, de paso, se había permitido *dar su razón* sobre el conjunto a los oficiales reales, porque «los que somos remedones presumimos como si entendiésemos las cosas de la arquitectura»³.

¹ Desarrollamos esta cuestión con mayor detalle en nuestro «Ética aristocrática y cultura arquitectónica en el Barroco ibérico», en prensa. Esta investigación se inscribe dentro del proyecto «Las letras y los iletrados: formas de comunicación y circulación de modelos culturales en el Siglo de Oro ibérico», MEC/HUM2005-04130/HIST.

² Sobre la culminación del proyecto palatino, véase Pedro Moleón (dir.), *La capilla de Felipe II en el palacio real de Aranjuez*. Madrid: Patrimonio Nacional, 2004.

³ *Duque de Béjar a Mateo Vázquez de Leca*, Madrid, 3 de abril de 1580, Instituto Valencia de Don Juan, Madrid, Envío 1 (2), 283.

Otra carta de apenas siete años antes, salida de la pluma de un cortesano tan avisado y divertido como era Diego de Córdoba, servía para que Fernando Álvarez de Toledo, Duque de Alba, conociese el recurso, valga la expresión, tracista del que se estaba valiendo el Conde de Chinchón para no abandonar la cercanía del monarca, metido de lleno en las obras escorialenses. Escribía Don Diego que «están con él [con Felipe II] unos o otros de la cámara, que son los que más asisten, y Chinchón el rrato que puede, que no pierde ninguno y nunca le falta un rresquiçio, puerta o una ventana por do entre, que, como lo más son edificios, siempre assiste con Herrera, que es el governur»⁴.

El objetivo principal de esta ponencia «Realeza, aristocracia y mecenazgo» no es otro que preguntarse por dos grandes cuestiones que están encerradas en estas pequeñas anécdotas. De un lado, la cuestión de la expresa intencionalidad política que se puede atribuir o no al mecenazgo cultural que tanto la Corona como distintas casas aristocráticas impulsaron a lo largo del Siglo de Oro; de otro, la cuestión del peso que los modelos regios, de enorme y obvio predicamento, tuvieron sobre las pautas de mecenazgo de la nobleza, en especial de los grandes señores con fuerte implantación territorial.

Dicho de otra manera, si para la alta Edad Moderna es posible caracterizar una estrategia cultural específica de los aristócratas, si, parafraseando al Duque de Béjar, fueron sólo *remedones* de lo que hacían los monarcas o si, por el contrario, sus concretos intereses les llevaron a desarrollar formas también intencionadamente específicas de patrocinio o consumo culturales. Pero, antes, se hace necesaria una pequeña reflexión historiográfica sobre los orígenes y primeros pasos de la historia del mencionado mecenazgo.

Estoy convencido que en el seno de una reunión que recuerda el cuarto centenario del nacimiento de Vincencio Juan de Lastanosa no parecerá indelicadeza evocar a Marcelino Menéndez Pelayo en su ciento cincuenta aniversario. En una carta dirigida en 1879 a Valentín Gómez, autor de un estudio histórico-crítico sobre Felipe II, don Marcelino se ocupó por extenso de la leyenda negra y sus perversos efectos sobre la imagen del Rey Prudente, proponiendo algunas nuevas líneas de investigación que vinieran a paliarlos. Entre elogios, el erudito, sin embargo, le recriminaba a Gómez que:

«[...] no se haya extendido más en considerar a Felipe II como protector espléndido de ciencias, letras y artes, poniendo de manifiesto la sinrazón notoria con que se tacha de opresor ignorante, verdugo del pensamiento, etc., al gran Monarca que levantó El Escorial, encargó cuadros al Ticiano, estableció en su propio palacio una academia de Matemáticas, mandó hacer la estadística y el mapa geodésico de la Península (ejecutado por el maestro Esquivel), costeó la

⁴ *Diego de Córdoba a Fernando Álvarez de Toledo, Duque de Alba*, Madrid, 1 de febrero de 1573, Archivo de los Duques de Alba, Madrid, Caja 31, 19.

Biblia políglota, hizo traer a toda costa de todas regiones códices y libros preciosísimos, favoreció la enseñanza de la filosofía luliana, comisionó a Ambrosio de Morales para registrar los archivos de iglesias y monasterios, y a Francisco Hernández para estudiar la fauna y flora mejicanas, y alentó los trabajos metalúrgicos de Bernal Pérez de Vargas. Todo esto y mucho más hizo Felipe II, como es de ver en su correspondencia con Arias Montano y en otros documentos; y, sin embargo, se le tiene por oscurantista y enemigo del saber⁵.

Un rey arquitecto, amante de la mejor pintura, promotor de la erudición bíblica y de la tipografía plantiniana, responsable de la gran biblioteca de El Escorial, de las relaciones topográficas y de la triangulación peninsular, inspirador de las expediciones del anticuario Morales y del naturalista Hernández, interesado por la metalurgia, las matemáticas e, incluso, por la filosofía luliana,... Están aquí, sin duda, las líneas argumentales esenciales de la historia del mecenazgo cultural de Felipe II que, de hecho, han sido seguidas por un buen número de historiadores desde el último cuarto del siglo XIX hasta nuestros días, a buen seguro sin conocer esta suerte de profecía historiográfica que Menéndez Pelayo auguró en 1879.

Pero no hay que olvidar que, como bien sabía Don Marcelino, resaltar la condición de «protector espléndido de ciencias, letras y artes» de Felipe II ha venido, en la práctica, a servir a la reivindicación de Felipe II, pues, sin duda, ha rendido enormes y obvios dividendos en la nueva consideración del reinado en su conjunto. En términos historiográficos, algo muy parecido podría decirse de los estudios sobre la aristocracia de la Edad Moderna, necesitada también de cierta reivindicación tras la condena como clase ociosa y egoísta con la que fue condenada por la historiografía liberal del siglo XIX.

La historia cultural de la Edad Moderna siempre se ha ocupado de lo político e, incluso, me atrevería a decir que esa perspectiva no sólo constituye una magnífica atalaya desde la que avistar a los distintos poderes en acción y en relación, sino que, a su modo, ha terminado por ser una historia de lo político, que no es exactamente lo mismo que ser una historia política. Por supuesto, ya era así para algunos autores de la alta Edad Moderna que pretendían que las letras o, más en concreto, la erudición letrada era un arsenal del que podían disponer los reyes para el cumplimiento de su particular oficio, cuando una biblioteca podía ser más que un divertimento o un adorno, hasta convertir el libro en un cetro⁶.

⁵ *Marcelino Menéndez Pelayo a Valentín Gómez*, Madrid, 2 de octubre de 1879, publicada como «Carta prólogo» en Valentín Gómez, *Felipe II. Estudio histórico-crítico*. Madrid: Imprenta de A. Pérez Dubrull, 1879. Cito por la edición de *Obras selectas*. Madrid: Fax, 1945, p. 27.

⁶ Desarrollamos esta cuestión en *El libro y el cetro. La biblioteca de Felipe IV en la Torre Alta del Alcázar de Madrid*. Salamanca: Instituto de Historia del Libro y de la Lectura, 2005.

Mostrar lo mucho que podían los príncipes por la espada –*modo ense*– y lo no poco que podían por la pluma –*modo calamo*– es el objetivo de la invención que un desconocido autor del XVII hispano, quizá José de Pellicer, trazó con toda seguridad para que constituyera el motivo de una portada figurada. Sobre una columna se había de pintar un León entronizado y coronado, portando el collar del Toisón y las armas reales de España, que «ha de tener un volante con esta letra *Hispania religione victrix*». A sus pies, «como de rodillas», debía aparecer un Dragón de alas tendidas y corona ducal, en el pecho las armas de Gaspar de Guzmán, Conde Duque de Olivares, lo que permite fechar la invención antes de 1643, momento de la caída del privado. Al lado derecho, aparecería un Águila con una espada vibrada contra la Hidra de siete cabezas y la letra «*MODO ENSE*»; al lado izquierdo, «un libro y sobre él una lechuza coronada, en la mano derecha una pluma vibrada contra un Basilisco y alrededor de la pluma *MODO CALAMO*»⁷.

Dos modos, pues, de ejercer y mostrar su fuerza legítima, el de la espada y el de la pluma. Pero, dejando disquisiciones más o menos retóricas sobre el poder monárquico como un saber letrado cuyo ejercicio legítimo se produce *modo calamo*, en las negociaciones coyunturales también menudean las apariciones de los hombres de letras.

En la primavera de 1554, el secretario Gonzalo Pérez hizo llegar al joven Felipe de Austria un ejemplar de las *Metamorfosis* ovidianas en la traducción de Lodovico Dolce que la tipografía de Gabriele Giolito de Ferrari y hermanos había impreso en Venecia un año antes y que estaba dedicado al emperador Carlos V⁸. Al hacerlo, trasladó al futuro monarca un dicho de Antonio Perrenot, Cardenal Granvela, según el cual a los reyes les era necesario «tener gratos hasta a poetas». Si creemos al secretario real, el futuro Felipe II concedió que, en efecto, así debía de ser⁹.

Un cuarto de siglo más tarde, embarcado en la empresa de Portugal, quizá la más crucial de su reinado, Felipe II volvió a opinar sobre los poetas. En marzo de 1579, Antonio Pérez le comunicaba a Cristóbal de Moura que el rey había ordenado que le hiciesen llegar «los versos del poeta», añadiendo que «párecele bien lo que v.m. dize de que semejantes personas suelen ser buenas

⁷ Bancroft Library, Universidad de California, Berkeley [BLB], Colección Fernán Núñez, Ms. UCB 143, Vol. 196 [*olim* Tomo de Varios 39], fol. 89r. Se trata de un volumen misceláneo en el que abundan anotaciones y borradores de mano de Pellicer.

⁸ Parece tratarse de *Le trasformationi di m. Lodouico Dolce, di nuouo ristampate e da lui ricorrette & in diuersi luoghi ampliate*. In Venetia : appresso Gabriel Giolito de Ferrari e fratel., 1553.

⁹ *Gonzalo Pérez a Antonio Perrenot de Granvela*, Valladolid, 17 de mayo de 1554, Biblioteca Nacional de España, Madrid, [BNE], Ms. 20214-9.

espías y dize que vea v.m. si será bien darle algo y que avise cuánto»¹⁰. Unas semanas más tarde, el dinero para el «poeta» salía en dirección a Portugal¹¹.

No ha sido posible identificar a este poeta –quizá el camoniano Luís Franco, autor de unas laudatorias composiciones a la empresa lusitana del Rey Católico–, pero lo importante ahora parece destacar la expresa relación entre el patronazgo literario y las necesidades de una corona, cuyos titulares debían siempre «tener gratos hasta a poetas» y cuya musa, más allá de púrpuras de retórica, podía ser con todo interés buscada en las más críticas coyunturas.

Si esto hacían los soberanos, los aristócratas no dejaron de comportarse de manera similar en su recurso a poetas, dramaturgos, cronistas y, en general, autores. Algunos ejemplos del primer tercio del XVII podrán ayudar a testimoniarlo.

A comienzos del siglo, como es bien conocido, la casa ducal de Villahermosa se mostró interesada en dar difusión a través de una comedia de la vida y los hechos de don Alonso de Aragón, maestre de Calatrava e hijo natural del rey Juan II, primer titular del ducado. Para ello buscaron nada menos que el genio de Lope de Vega, quien debería trasladar en verso una pormenorizada «reducción breve de la historia» del ilustre antepasado de los Gurrea y Aragón. Al frente del código de la Biblioteca Nacional que contiene la mencionada *reducción* puede leerse lo siguiente:

«El sumario de lo que contiene la historia de la comedia del Duque Don Alonso y desta Cassa y el primer borrador que se hizo para formar y dar ha entender ha Lope de Bega todo lo que ha de contener la Historia de la comedia y deste borrador se sacó el otro en limpio que se ha dado a lope de Bega para que la disponga en berso»¹².

Buen conocedor del manuscrito, que dio a conocer en 1936, el benemérito Miguel Artigas¹³ trató de identificar sin éxito la comedia que Lope habría compuesto por encargo de los Villahermosa y apenas llegó a apuntar que quizá se encontrara en la base del tratamiento de algunos personajes de *El piadoso aragonés* y de *El mejor mozo de España*. Más tarde, Teresa Ferrer y Joan Oleza identificaron la obra encargada a Lope con la *Historial alfonsina*¹⁴. Sea como

¹⁰ Antonio Pérez a Cristóbal de Moura, Madrid, 1 de marzo de 1579, Fundación Príncipe de Asturias, Oviedo, *Papeles manuscritos sobre la negociación de Portugal, 1579-1580*, 58.

¹¹ «Al poeta sería bien darle algo como v.m. dize y ya se pone en orden dinero para embiarlo», Antonio Pérez a Cristóbal de Moura, Madrid, 21 de marzo de 1579, Fundación Príncipe de Asturias, Oviedo, *Papeles manuscritos sobre la negociación de Portugal, 1579-1580*, 60.

¹² BNE, Ms. 7530, fol. 1v.

¹³ Miguel Artigas «La fuente de *El piadoso aragonés* de Lope» en *Homenatge a Antoni Rubió i Lluch. Miscel·lania d'estudis literaris, historics i lingüístics*. 3 vols. Barcelona: s.n., 1936, III, pp. 699-702.

¹⁴ Joan Oleza Simó y Teresa Ferrer Valls, «Un encargo para Lope de Vega: comedia genealógica y mecenazgo» en Charles Davis y Alan D. Deyermond (eds.), *Golden Age Spanish literature. Studies in*

fuere, la *Reducción breve de la historia que se ha de poner en comedia de la vida y hechos de Don Alonso de Aragón* está llena de indicaciones muy precisas mediante las que se pretendía guiar la pluma del autor. Considérense, por ejemplo, pasajes como éstos: «la loa puede ser la utilidad y lo que son de servicio a la corona Real los hijos naturales de los Reyes» o «por ser la materia alta y grave y de personas reales, de historia verdadera, ha de ser con verso y estilo heroico, no de versos comunes ni de poheñas i amores, sino más levantado»¹⁵.

Aparte de ofrecer interesantes noticias sobre cómo se fijaban no sólo los asuntos, sino, aun más, el estilo mismo de una comedia escrita por encargo, este testimonio revela una clara intencionalidad reivindicativa de la memoria de la casa en el patronazgo cultural por parte de los Villahermosa. Lo mismo nos deja ver otra noticia sobre el consejo que Lorenzo van der Hammen dio al Marqués de Villena, en 1628, a propósito de la necesidad de atraerse a varios historiadores haciéndoles «caricias» para que se ocuparan en términos elogiosos de la casa de Pacheco en las obras que estaban componiendo¹⁶.

Pero, quizá, el caso más sonoro es el que relata Manuel de Faria e Sousa en su autobiográfica *Fortuna* a propósito de las prácticas de los Moura Corterreal, marqueses de Castelo Rodrigo. Cuenta Sousa que el segundo Marqués, Manuel de Moura, «había él buscado algunas noches con un facineroso, a Luis de Córdoba [...] Esto fue porque escribiendo el Cabrera, de su padre, en la *Historia de Felipe Segundo*, lo que el propio marqués le dijo, y viendo que no se lo había remunerado, se desdecía en algunas conversaciones»¹⁷. De esta forma, el hijo de aquel Cristóbal de Moura que antes habíamos visto negociar con el anónimo poeta que había de apoyar la empresa portuguesa de Felipe II aparece ahora encargándose de velar en persona porque su padre quedara convenientemente retratado en la gran crónica real de Cabrera de Córdoba. Dicho de

honour of John Varey by his colleagues and pupils. London: Queen Mary and Westfield College, 1991, pp. 145-154. Véanse también Teresa Ferrer Valls, «Lope de Vega y el teatro por encargo: plan de dos comedias» en Manuel V. Diago y T. Ferrer (eds.), *Comedias y comediantes. Estudios sobre el teatro clásico español*. Valencia: Universidad de Valencia, 1991, pp. 189-202; y Teresa Ferrer Valls, «Documentación sobre el encargo a Lope de Vega de la *Historial alfonsina*. Comedia en dos partes» en *Nobleza y espectáculo teatral (1535-1622). Estudio y documentos*. Madrid-Sevilla-Valencia: UNED-Universidad de Sevilla-Universidad de Valencia, 1993, pp. 297-387, donde se publica el BNE Ms. 7530 citado.

¹⁵ Cito el manuscrito de la BNE por M. Artigas, «La fuente...», pp. 700-701.

¹⁶ *Lorenzo van der Hammen y León al Marqués de Villena*, Madrid, 19 de diciembre de 1628. Archivo General de Simancas, Estado, legajo 8814-70. Cfr. Zahira Véliz y María Luisa García Valverde, «Lorenzo van der Hamen y León: vida en la corte y en el exilio en el Siglo de Oro español» en *Reales sitios* (Madrid) 167 (2006) pp. 2-27.

¹⁷ Edward Glaser (edr.), *The «Fortuna» of Manuel de Faria e Sousa. An autobiography*. Münster: Aschendorffsche Verlagsbuchhandlung, 1975, p. 199.

otro modo, tanto la Corona como los aristócratas compartían las mismas prácticas de propaganda poniendo a sueldo a poetas o a cronistas¹⁸.

Conviene reparar en que, como muestran estos ejemplos, el mecenazgo era el fruto de una negociación entre autores y príncipes, más que una simple muestra de la liberal magnificencia de los grandes. Hay mucho de *do ut des* en los casos que acabamos de recordar y, por supuesto, la época lo sabía. Separados por un siglo, dos testimonios de la muy particular historia de las dedicatorias de libros en España podrán ayudarnos a corroborarlo.

En 1550, Marcos Felipe escribió una *Apología* presentada al Doctor Hernán Pérez de la Fuente, consejero de Indias, porque se negaba a que nadie le dedicase un libro y juraba que arrancaría las dedicatorias que pudieran llegar a hacerle¹⁹. Pero no sólo hubo personajes que se opusieron a ser destinatarios de libros, también hubo autores que no quisieron más que dedicar sus obras al público, librándose de señores. Así, el tratado anónimo de *El príncipe labrador i pastor político*, una paráfrasis de la vida de Jacob fechada en 1651, está dedicado «al que leyere sy prudente fuere»²⁰.

Además de tratar duramente a Baltasar Gracián, acusado de secuaz de Virgilio Malvezzi en su *Héroe*, libro del que se deshace con sólo decir «que mejor fuera escribirlo en turco»²¹, el anónimo autor del *Príncipe labrador* asegura que:

«La primera mentira que llevan los libros siempre es la dedicatoria si es echa a hombres. Yo por escusar aquellos riesgos aorro el trabaxo y te annado [lector] a esta comisión sin saber quién eres. Recibe mi trabaxo como de quien te dezea todo bien para el alma. Esto te pido y que no me patronises y defiendas»²².

Patronizar, que no patrocinar, y defender es que lo que esperaban los autores de aquellos grandes o poderosos a quienes dedicaban sus obras. Pero este autor se niega a ceñirse a esa servidumbre y viene a encontrar su último defensor en los lectores, es decir, en el público moderno para quien escribe, para esos des-

¹⁸ Véase Harry Sieber, «The magnificent fountain. Literary patronage in the court of Philip III», *Cervantes. Bulletin of the Cervantes Society of America* (Gainesville) 18.2 (1998), 85-116.

¹⁹ Marcos Felipe, *Al gravíssimo y muy severo señor el señor doctor Hernán Pérez, meritíssimo consiliario de la Imperial Majestad el Licenciado Marcos Phelippe con mucha razón su obsequentíssimo servidor la presente Apología con continua perseverancia en tan profunda humildad*, Real Biblioteca, Madrid, Ms. II-663.

²⁰ *El príncipe labrador i pastor político en cuya vida y passo se descubre un nuevo mundo y doze minas de finíssimo oro para toda calidad. Dedicado al que leyere sy prudente fuere. 1651*. Biblioteca Nacional, Lisboa, Cod. 13713 [olim Casa de Cadaval].

²¹ *Idem*, fol. 2r. «A éste [a Malvezzi] fueron ymitando otros como Lorenço Gracián con su Heroi, que mejor fuera escribirlo en turco».

²² *Idem*, fol. 5r.

conocidos que, como en una cita de Montaigne, son para los que realmente ha compuesto su obra. Pero, habiendo señalado cómo el sustituto para los autores de la clientela a la clásica vendrá a ser el público, volvamos a los mecenas.

Por supuesto, no todo en el mecenazgo real y aristocrático puede ser reducido a estrategia de propaganda, retórica de magnificencia o, siguiendo las categorías de raíz foucaultiana, a formas de coerción suave o de poder no violento. Frente a cualquier tentación de reduccionismo historiográfico, insistir en la existencia de encargos que ponen de manifiesto una clara y expresa conciencia de que los que hoy llamaríamos medios de cultura se encontraban a disposición de monarcas y nobleza no supone que se puedan ignorar otras variables en su patrocinio artístico, literario o cultural. Por ejemplo, Francisco Gómez de Sandoval instaló unas prensas tipográficas en su villa ducal de Lerma y las puso bajo la dirección del experimentado Juan Bautista Varesio²³, quizá sólo con el intento de obtener pingües beneficios en la edición de títulos de autores celebrados, entre otros Luis de Granada o Juan Luis Vives, con destino al creciente mercado lector. Y ni que decir tiene que lo mismo sucede con la búsqueda del simple disfrute o distracción como elemento determinante de ciertas formas de consumo cultural.

Así, en uno de los capítulos de los *Siete libros de república* de Hernando Hernández de Valderrueda, cuya dedicatoria al futuro Felipe II está fechada en 1553, se trata de los «pasatiempos» a los que se podía dedicar un príncipe, indicándose que, entre los más recomendables, estaban «oír cantares e sones e ynstrumentos e juglares e tanbién jugar axedrez o tablas o otros juegos semejantes déstos, esso mismo dezimos de las ystorias e de los romances e los otros libros que ablan de aquellas cosas de que los hombres reciben alegría e plazer»²⁴.

Debe quedar claro, pues, que, aunque los poetas fueran buenos para espías, los cómicos y los cronistas para afianzar las posiciones nobiliarias, la sencilla búsqueda de «alegría e plazer» nunca puede ser soslayada a la hora de explicar la relación de nobles y reyes con autores y artistas. Otra cosa es, no obstante, que se llegara a considerar que determinadas formas de, digamos, distracción eran características o, incluso, definitorias del estatuto regio o nobiliario.

El antes citado Hernández de Valderrueda se ocupó también de señalar que los caballeros «an de saver las ystorias» y que, por eso, «acostumbraban [...]

²³ Luis Cervera Vera, «La imprenta ducal de Lerma. El Duque de Lerma y las fundaciones en su villa antes de su cardenalato», en *Boletín de la Institución Fernán González* (Burgos) 48 (1970), pp. 76-96.

²⁴ Hernando Hernández de Valderrueda, *Siete libros de república sacados de derecho divino y natural y humano y de los antiguos buenos echos y costumbres de los españoles y otras naciones*, BLB, Colección Fernán Núñez, Ms. UCB 143, Vol. 118, libro III, recoleta X, «Como el rey debe ser mañoso en cabalgar a caballo e jugar armas e en çaçar y de los pasatiempos en que se debe exercitar».

quando comýan que les leyesen las ystorias de los grandes echos de armas que los otros hizieron». Aquí, oír leer *historias* se entiende como algo más que una mera fuente de «alegría e plazer» para convertirse en una manera de adoctrinamiento en las reglas de un oficio particular como, en principio, era el caballeresco. Y, esto, con carácter casi de establecimiento, pues, añade el autor de los *Siete libros de república*, «no consentían que los juglares dixiesen delante dellos otros cantares sino de gesta militar o que ablasen en echo de armas e esso mismo hazían que quando no podían dormir cada uno en su posada se hazían leer e rretraer o declarar estas cosas sobre dichas»²⁵.

No hay, en el fondo, contradicción entre el reconocimiento de que ciertas formas de consumo cultural se justifican en atención a la búsqueda sin más de «alegría e plazer» y la adscripción de un determinado valor definitorio o estatutario, en términos sociales o estamentales, a esas mismas prácticas. De hecho, disfrute y diversión individuales no dejan de ser realidades culturales históricamente construidas y es, precisamente, ese juego de escalas entre la voluntad personal y la representación colectiva uno de los fundamentos teóricos sobre los que descansa el análisis de una parte no pequeña de la moderna historia de las mentalidades.

La realidad cotidiana de los caballeros *virtuosi* del Barroco europeo está definida por una serie de aficiones personales con las que cabría obtener, ante todo, su propia satisfacción. Era esto lo que, en principio, condujo a los aristócratas a integrarse en la República de las Letras internacional, entregándose a renovadas formas de, por ejemplo, erudición anticuaria, bibliofilia y coleccionismo o prestando su apoyo a la ciencia moderna y su sensismo experimental. Y, aunque su historia es, por supuesto, larga y se remonta a mucho tiempo atrás, las academias seiscentistas reflejan muy bien el nuevo espacio donde una vez más se reúnen, ahora con su aquel libertino, poder y saber²⁶.

Pero, como se preguntaba el noble veneciano Giovanni Francesco Loredano en sus *Bizzarrie* de 1634, ¿qué es una academia más que una suerte de nueva comunidad o república? Si aquélla era la «unione di Virtuosi per ingagnar il tempo, e per indagare trà le virtù, la felicità», ésta no era otra cosa que la «*unio civium ad foelicitatem*». De aquí a imaginar que el trabajo de gobierno político debía adquirir un carácter escolar o instructivo sólo hay un paso y Loredano lo da cuando propone que «la medesima Republica non è altro che una scuola ed un' Academia ch'erudisce, ed ammaestra gli huomini»²⁷.

²⁵ *Siete libros...* cit., libro IV, recoleta XVIII.

²⁶ Véase Peter N. Miller, *Peiresc's Europe. Learning and virtue in the Seventeenth Century*. New Haven-London: Yale University Press, 2000.

²⁷ Cito por Giovanni Francesco Loredano, *Bizzarrie academiche di Gio. Francesco Loredano. Nobile veneto. Parte prima [seconda]. Con altre compositioni del medesimo* [1634]. In Venetia : appresso Stefano

Ya se dejan oír aquí algunos ecos del posterior proyectismo ilustrado y, de alguna manera, los orígenes intelectuales de las Luces se podrían rastrear en la asociación barroca de sabios aplicados y nobles cunas. En ella, en suma, la búsqueda de la felicidad personal por medio de ejercicios *in genere* literarios, que no letrados, puede llegar a llenarse de un sentido político cuando esa felicidad personal se proyecta al logro de la felicidad de las mismas comunidades de las que los virtuosos se han constituido históricamente como los *meliores terrae* o, lo que es lo mismo, sus elites territoriales. Valga esto de esbozada presentación de cómo, en el marco europeo de la República de las Letras, el deseo individual de conseguir «alegría e plazer» de unos nobles entregados a sus aficiones personales podría llegar, en su caso, a verse revestido de una dimensión comunitaria de indudable calado político.

En términos generales, a las diversiones y cosas de gusto a las que dedicaban los miembros de la nobleza, se les dotó de un valor conspicuo, como los historiadores de la economía dicen del consumo de bienes que no son de primera necesidad. De hecho, distinguir la condición nobiliaria a través de signos exteriores que la mostraban y hacían reconocible era algo muy antiguo y casi consustancial con la condición egregia de los privilegiados civiles.

La paulatina monetarización que sufrieron las sociedades europeas desde la baja Edad Media hizo que muchos de esos signos pudieran ser adquiridos por gente más común a cambio simplemente de dinero. Hubo, por tanto, que *elegir* otras señales externas, tanto voces y gestos como ideas y objetos, que cumplieran con la misma función distintiva. Así, lo que antaño fueron caballos, armas y escuderos pudieron terminar siendo coches, antiguallas y apóstoles de la nueva ciencia.

Es bien sabido que, como ha mostrado Pierre Bourdieu en su *La distinction. Critique sociale du jugement*, son enormes las exigencias a las que se ven sometidos quienes desean ser distinguidos, pues, en carrera infinita, siempre tienen que estar pendientes de lo que se ha hecho vulgar para superarlo. Por ello, la propuesta del astrónomo Michel Florent van Langren de poner nombres a los accidentes lunares debió ser recibida como una oportunidad impagable de obtener la ansiada distinción.

Primero al servicio de la archiduquesa Isabel Clara Eugenia y más tarde al de Felipe IV, Van Langren desarrolló una intensa actividad científica en los Países Bajos españoles. El fruto más conocido de sus muchos trabajos es el mapa selenográfico *Plenilunii Lumina Austriaca Philippica*, editado en Bruselas

Curti, 1684, pp 137-138 [«Qual cosa pregiudichi maggiormente alla conservazione dell'Accademie»]. Cfr. Jean-Pierre Cavaillé, *Dis/simulations. Jules-César Vanini, François La Motte Le Vayer, Gabriel Naudé, Louis Machon et Torquato Accetto : religion, morale et politique au XVII^e siècle*. Paris: H. Champion, 2002.

en 1645 gracias al apoyo de Manuel de Moura Corterreal, por entonces, gobernador general de los Países Bajos y cuyo nombre ya hemos citado anteriormente a propósito de sus tratos con Luis Cabrera de Córdoba²⁸. Como se sabe, la cartografía lunar había sido posible gracias a la extensión del uso del telescopio y ya Galileo había podido determinar la altura de su orografía mediante la observación de las sombras que proyectaba su relieve. La novedad que suponía el mapa de Michel Florent Van Langren radicaba en que fue el primero en disponer de nomenclatura, es decir, en él los accidentes lunares aparecen rotulados con nombres.

Pocos saberes hay, sin duda, menos inocentes que el toponímico y la operación de poner nombre a un espacio no era en absoluto nueva, como bien demuestran los neotopónimos que los colonizadores habían dado y darán, por ejemplo, a la geografía extraeuropea, llenándose ésta, por no hablar de Juanas, Filipinas o Marianas, de Mauritiópolis, Virginias, Carolinas e, incluso, de Queens, como ese barrio neoyorquino que evoca crepuscularmente a la reina Catalina de Braganza, la esposa de Carlos II Estuardo. En el caso de Van Langren, para bautizar mares, tierras, cráteres y demás accidentes lunares, el cosmógrafo y regio matemático contó con la colaboración del erudito Erycius Puteanus. Entre los dos eligieron a diferentes personajes, tanto antiguos como modernos, sabios, científicos y filósofos, pero también a los miembros más destacados de la vida política europea del momento, empezando por el propio Felipe IV, cuyo nombre se evoca en el título *–Plenilunii Lumina Austriaca Philippica–* y al que se le reserva un enorme Océano Filipino.

La tabla lunar de 1645 es, así, un buen ejemplo de la mezcla de príncipes, sabios y artistas que caracterizaba a la República de las Letras barroca, pues, junto a los nombres mencionados, aparecen Galileo, Descartes, Gassendi, Kepler, Copérnico, Rúbens, Malvezzi, Dal Pozzo, Kircher, Caramuel o Saavedra Fajardo. Y, junto a ellos, es posible encontrar también un lugar en la Luna para pontífices, como Inocencio X; emperadores, Fernando III; monarcas, Luis XIV de Francia, Cristina de Suecia o Carlos I de Inglaterra, y sus más reconocidos servidores y favoritos, Mazarino, Haro, Condé, Arundel o, por supuesto, el propio Manuel de Moura, que en la nomenclatura langreniana goza de todo un mar, jalonado por una pequeña constelación de cráteres dedicada a los miem-

²⁸ Véase Henri Bosmans, «La carte lunaire de Van Langren conservée aux Archives Générales du Royaume à Bruxelles» en *Revue des Questions Scientifiques publiée par la Société Scientifique de Bruxelles* (Louvain) 54 (1903) pp. 108-139; y «La carte lunaire de Van Langren conservée à l'Université de Leyde» en *Revue des Questions Scientifiques publiée par la Société Scientifique de Bruxelles* (Louvain) 67 (1910) pp. 248-264. Nos ocupamos por primera vez de este raro mapa de Van Langren en Fernando Bouza (com.), *De Mercator a Blaeu. España y la edad de oro de la cartografía en las Diecisiete Provincias de los Países Bajos [exposición]*. Madrid: Fundación Carlos de Amberes, 1995, pp. 128-129; y, más tarde, en «Rúbens en la Luna», en prensa.

bros de su corte señorial. De una manera u otra, todos los grandes dominios europeos aparecen convenientemente trasladados a la Luna, excepción hecha del Portugal de Juan IV de Braganza, monarca considerado rebelde y, por tanto, indigno de verse consagrado en las bóvedas celestes.

Gracias a Henri Bosmans, que publicó una parte de la correspondencia de Van Langren con Puteanus, es posible conocer el interés que algunos personajes menos relevantes por hacerse, valga la expresión, con un pequeño espacio sideral. Aunque el erudito le había escrito al cosmógrafo que «quant aux choix des noms vous avez raison, mieux vaut prendre des hommes marquants que des saints, des savants que des amateurs»²⁹, en el mapa de 1645 no aparecen santos, pero sí algunos caballeros *virtuosi*, como, por ejemplo, Lazzaro Bonvicini Possidonii, merecedor de esta distinción, pues, «certes mérite... s'il faut l'accorder à la science et à la vertu»³⁰.

Ciertamente, no todos los nobles y caballeros podían aspirar a ver su nombre en la Luna y, si la nomenclatura de Van Langren se hubiera impuesto, gozar de la rara inmortalidad de los espacios. Sí podían, en cambio, distinguirse por medios más cercanos, como el de adquirir instrumentos científicos, reunir libros de la nueva ciencia o, incluso, frecuentar a alguno de esos sabios modernos que tan reñidos parecían con el saber libresco de los letrados tradicionales. Hoy, cuando la carrera de Galileo Galilei es presentada como una ejecutoria de cortesano, no parecen quedar dudas sobre que la nueva ciencia, por no emplear la en parte cuestionada categoría de revolución científica, le debió mucho a los intereses de una parte de la nobleza europea por distinguirse adhiriéndose a un nuevo saber³¹. Si, por ejemplo, consideramos la biblioteca que Jerónimo de Ataíde había reunido en 1634 encontraremos un buen número de tratados técnicos y científicos, destacando sus libros de «Mathematicas» y de «Milicia, Arismethica, Musica e Architectura»³².

Sexto conde de Castanheira y segundo de Castro Daire, primer Marqués de Colares por merced de Felipe IV, a quien el portugués se mantuvo fiel tras la Restauração de 1640, negándose a aceptar la *otra* «desacertada» monarquía de los Braganza, Jerónimo de Ataíde mereció uno de los reales de *El Discreto* de Baltasar Gracián, el del «Hombre de plausibles noticias. Razonamiento académi-

²⁹ Bosmans, «La carte lunaire... à Bruxelles», cit., p. 123.

³⁰ *Ibidem*.

³¹ Véase Mario Biagioli, *Galileo courtier. The practice of science in the culture of absolutism*. Chicago: University of Chicago Press, 1993.

³² *Livraria de D. Jerónimo de Ataíde, Marqués de Colares, Conde de Castanheira y de Castro Daire*, Biblioteca da Ajuda, Lisboa [BA], 51/II/66. Preparamos un estudio monográfico sobre esta biblioteca.

co», que «se ideó en su noticiosa erudición»³³. En abril de 1634, su *livraria* se componía de más de cuatrocientos títulos distribuidos por diecinueve caixões, doce bajos y siete altos que respondían al siguiente orden:

«Caixões bayxos

- Nº 1 Papeis varios actuaes
- 2 Genealogias
- 3 Geographia
- 4-8 Historia
- 9 Poetas
- 10 Mathematicas
- 11 Medicina e Çirurgia
- 12 Milição, Arismethica, Musica e Architectura

Caixões altos

- Nº 1 Geographia
- 2 Cartorio da senhora D^a Elena
- 3 Cartorio do senhor Conde de Castro
- 4 Cartorio do senhor Conde de Castro e resado
- 5-6 Livros varios
- 7 Latinidades»

Había, pues, en la *livraria* de este «hombre de plausibles noticias» tanto una biblioteca como un pequeño archivo donde se encontraban sendos *cartórios*. Ciñéndonos a la parte de biblioteca³⁴, las materias que, en conjunto, parecen interesar especialmente a Colares son la Historia, con una interesante entrada del *Methodus ad facilem historiarum cognitionem* de Jean Bodin, la Poesía, donde destacaremos un manuscrito en cuarto de las *Rimas* del Rector de Villahermosa Bartolomé Leonardo de Argensola, la Geografía, con una rica colección de atlas de Mercator, Ortelius, Waghenauer y Blaeu, las Genealogías, asunto al que se entregó personalmente Ataíde, y, por último, los libros de saberes técnicos y científicos.

En la materia de «Miliçia, Arismethica, Musica e Architectura» se habían reunido treinta obras, desde el Herón mecánico en edición de Francesco Barozzi³⁵

³³ Baltasar Gracián, *El discreto*. Edición facsímil (Huesca, Juan Nogués, 1646). Prólogo de Aurora Egido. Zaragoza: Gobierno de Aragón-Institución «Fernando el Católico», 2001, p. 102. Ataíde fue, además, un asiduo corresponsal de Andrés de Uztarroz, véase Ricardo del Arco y Garay, *La erudición española en el siglo XVII y el cronista de Aragón Andrés de Uztarroz*. 2 vols. Madrid: CSIC, 1950.

³⁴ Preparamos un estudio monográfico sobre las colecciones de Colares, incluida la *livraria*, consignando ahora únicamente algunas entradas que pudieran ser ilustrativas en esta ocasión. Conviene indicar que, por fortuna, el manuscrito de Ajuda suele indicar el pie de imprenta de las diferentes obras reseñadas, lo que ha permitido la identificación de las que a continuación se citan en el texto.

³⁵ *Heronis mechanici Liber de machinis bellicis, necnon Liber de geodaesia a Francisco Barocio patritio Veneto latinitate donati, multis mendis expurgati, & figuris, ac scholijs illustrati*. Venetiis: apud Franciscum Franciscium Senensem, 1572.

a las *Machines militaires* de François Thybourel y Jean Appier Hanzelet³⁶ pasando por los vitruvios de Philandrier y Barbaro³⁷, un serlio de 1584³⁸ y el palladio de 1581³⁹, sin olvidar el maravilloso manuscrito *Da fabrica que faleçe ha Çidade de Lysboa* de Francisco de Holanda, del que Jerónimo de Ataíde poseía el códice original⁴⁰. Otra treintena de libros se presentaban en el «caixão 10 B Mathematicas», de los que destacaremos la entrada «de reuolutionibus orbium coelestium Nicolaus Copernicus Mathem. folh. latinus Norimbergae 1543», es decir, la *princeps* del *De reuolutionibus copernicano*, presente en la *livraria* aún después de su condena inquisitorial⁴¹.

A medida que avance el siglo, en las bibliotecas de algunos aristocráticos españoles irán encontrando acomodo más libros y más autores de la nueva ciencia, cuya presencia en las cortes nobiliarias hispanas del Barroco parece innegable. Por ejemplo, en la de Gaspar de Haro y Guzmán, Marqués del Carpio, de inmensas dimensiones⁴², a la *Astronomia instaurata* de Copérnico se añadirán el *Dialogo sopra i due massimi sistemi del mondo* o el *Discursus et demonstrationes mathematicae*, entre otros títulos de Galileo, las *Tabulae*

³⁶ *Recueil de plusieurs machines militaires et feux artificiels pour la guerre & recreation: avec l'alphabet de Trittemius par la quelle chacun qui sçait escrire, peut promptement confoser congruement en latin: aussi le moyen de scrire la unict à fon amy absent de la diligece de Franc. Thybourel... et de Jean Appier did Hanzelet.* Au Pont-a-Mousson: par Charles Marchant..., 1620.

³⁷ *M. Vitruuii Pollionis... De Architectura libri X adiunctis nunc primum Gulielmi Philandri... castigationibus atque annotationibus... Vna cum lib. II. Sex. Iulii Frontinu de aquaeductibus Romae, & Nicolai Cusani Dialogo de staticis experimentis.* Argentorati: ex Officina Knoblochiana: Georgium Machaeropieum, 1550; y *M. Vitruuii Pollionis De architectura libri decem, cum commentariis Danielis Barbari, ... multis aedificiorum, horologiorum, et machinarum descriptionibus, & figuris, una cum indicibus copiosis, auctis & illustratis.* Venetiis: apud Franciscum Franciscium Senensem, & Ioan. Crugher Germanum, 1567.

³⁸ *Tutte l'Opere d'Architettura di Sebastiano Serlio Bolognese : Dove si trattano in disegno, quelle cose, che sono piu necessarie all'Architetto: et hora di nuovo aggiunto (oltre il libro delle porte) gran numero di case private nella Città, & in villa: et un Indice copiosissimo Raccolto per via di considerationi da M. Gio. Domenico Scamozzi.* In Venetia: Presso Francesco de'Franceschi Senese, 1584.

³⁹ *I quattro libri dell'Architettura di Andrea Palladio: ne'quali, dopo vn breue trattato de' cinque ordini, & de quelli auertimenti, che sono piu necessari nel fabricare: si trata delle case priuate, delle Vie, de i Ponti, delle Piazze, de i Xisti, et de' Tempij.* In Venetia: appresso Bartolomeo Carampello, 1581.

⁴⁰ El manuscrito, fechado en 1571, se encuentra hoy en BA bajo la signatura 51-III-9.

⁴¹ *De reuolutionibus orbium coelestium, Libri 6. Habes in hoc opere iam recens nato, & aedito, studiose lector, motus stellarum, tam fixarum, quam erraticarum, cum ex ueteribus, tum etiam ex recentibus obseruationibus restitutos: & nouis isuper ac admirabilibus hypothsesibus ornatos. Habes etiam Tabulas expeditissimas, ex quibus eosdem ad quoduis tempus quam facillime calculare poteris. Igitur eme, lege, fruere.* Norimbergae: apud Ioh. Petreium, 1543.

⁴² Para una presentación de los intereses librarios de Haro y Guzmán, véase Gregorio de Andrés, *El marqués de Liche. Bibliófilo y coleccionista de arte.* Madrid: s.n., 1975. Las siguientes citas en el texto se hacen a partir de *Tassación de la librería del excelentísimo señor don Gaspar de Aro y Guzmán, marqués del Carpio, Duque de Montoro, que esté en el cielo*, Madrid, 1689, Archivo Histórico de Protocolos, Madrid [AHPM], Protocolo 9819.

Rudolphinae de Kepler, compendiadas por Jean-Baptiste Morin, pero también la *Astronomiae pars optica traditur* del alemán, las *Novarum observationum physico-mathematicorum* de Mersenne y, en suma, las *Opera philosophica* de Descartes, cuyo *Discours de la méthode* podía leer, así, el afortunado propietario de la *Venus* de Velázquez⁴³.

Éste será buen momento para señalar que, aunque la colección de pinturas del Marqués de Colares no podía compararse con la espléndida de Gaspar de Haro, el caballero portugués tan elogiado por Baltasar Gracián logró reunir en Madrid cuadros del Bosco, Ribera, Tiziano, Parmigiano o Lucas de Holanda, así como una buena serie de bodegones y fruteros de autores cuyos nombres, por fortuna, consigna nuestra fuente, lo que permite identificarlos como del Labrador, Ponce y Vanderhammen⁴⁴. Pero volvamos a sus libros y papeles.

La aparición de un título en un antiguo inventario de biblioteca no supone, en principio, que su propietario llegara a leerlo, se trate del bodin de Ataíde o de los keplers de Carpio. No obstante, su presencia entre los bienes de una persona y no de otra constituye un elocuente testimonio de cuáles eran los intereses de quien de hecho sí lo tuvo. En este sentido, no poseer ni baldos ni bártulos, como es absolutamente el caso de Colares en 1634, y, sin embargo, haberse hecho con copias del *Methodus* de Bodin o, añadimos ahora, de los *Essais* de Montaigne y de *Le thresor de la sagesse* de Charron⁴⁵ no pueden dejar de ser elementos que ayudan a caracterizar un perfil intelectual determinado.

En el caso de Jerónimo de Ataíde, además, contamos con algunas interesantes piezas de su correspondencia en las que se evoca una presencia continua en su biblioteca, ocupándose en persona de sus libros. Por ejemplo, en mayo de 1660, Gaspar de Haro le decía «V.E. componga la librería que ya yo llebo de acá [Fuenterrabía] la Biblia grande que faltaba», añadiéndole que «hablando de las cosas que importan más, pues son de gusto, v.e. me avise en qué estado

⁴³ AHPM Protocolo 9819, fol. 907r.: «Nicolas Copernic de Astronomia»; «Renati Descarti Opera Philosophica»; «Rodolfino tabule de Juan Baptista Morino»; fol. 908r.: «Dialogos de sistemati mundi auctore Galileo Galilei»; «Juane Clepero eglouge coronize. Yden astronomie obttica»; fol. 913v. «Marini Marseni nobarum observacionis phisico mathematicorum»; fol. 916r.: «Galileo Galilei lincoo discursos y demonstraciones mathematicas»; fol. 921r.: «Galileo linzio de astronomia».

⁴⁴ A partir de una *Tassa de las pinturas* (BA 51-IX-14, fols. 578r.-579r.) es posible saber que tenía, entre otras piezas, «otra [pintura] del vosco en tabla»; «un catón y un san sebastián de jusepe de Rivera»; «los ynocentes de el Ticiano»; «dos ramilleteros de Ponce»; «dos fruteros medianos de ponce»; «Nuestra señora, el niño y san juan de el Parmesano»; «dos fruters de el labrador»; «un quadro grande antiguo del Ticiano de las tres edades»; «San Gerónimo de lucas de Olanda en tabla»; «una morcilla de Valderramen».

⁴⁵ El inventario, cit., de la *livraria* de Ataíde en 1634 consigna una entrada para «Les essais Montagne 16 italiano [tachado] françois 1595» (París o Lyon: 1595) y otra para «Thresor de la sagesse M. Pierre Le Charron 8 françois 1606» (Lyon: François le Feure, 1606).

tiene su jardín»⁴⁶. Poco antes, en 1655, era Jules Chifflet quien podía escribirle esta interesante epístola:

«Exmo. Sr. Hasta que yo me vaya a besar a v.e. las manos, como haré un día de éstos, le remito el primer tomo de los hermanos de Santa Martha con el librito de mano del Conde Balthasar Castellone. Estimo summamente la merced del primero que fue grande en dexármelo tanto tiempo; y del segundo es cierto que me ha parecido muy bueno, y de singular provecho, si bien es verdad que en francés también ay algunos del mismo assunto muy ajustados al tiempo presente. El libro mismo del Conde imbió a v.e. y viene dedicado a un señor y prelado portugués y por esso suplico a v.e. lo junte a los suyos. También va el de la diferencia entre los originales y copias, del qual últimamente hablé a v.e. para que también le dé lugar en su curiosa librería. Buelvo a suplica a v.e. se sirva mandar entregar el segundo tomo de los sanmarthanos al portador, porque lo he menester, y no tardaré en ninguna manera en estudiarlo, que hubo más razón de valerme mucho del primero. Guarde Dios a v.e. largos y felices años, de la posada, oy jueves 1 de julio de 1655. Julio Chiflecio»⁴⁷.

El erudito abad de Balerne y canciller de la Orden del Toisón en Madrid, como en otras cartas cruzadas con Ataíde⁴⁸, testimonia un movimiento continuo de obras que iban y venían de y hacia la «curiosa librería» del Marqués de Colares. En este caso, me interesa destacar que Chifflet le hacía llegar un «librito de mano» de Baldassare Castiglione que, al indicarse expresamente que está dedicado a un eclesiástico portugués, ha de ser puesto en relación con *Il cortegiano*, obra que, en efecto, está dirigida a Miguel de Silva, Obispo de Viseo. En cualquier caso, la carta revela, además de ese trasiego de libros y papeles, conversaciones sobre la literatura de corte que no dejan de evocar algunos párrafos del realce que Gracián le dedicó precisamente a Colares en su *Discreto*.

Ya en sus años portugueses, antes del 1640, Jerónimo de Ataíde había franqueado sus libros a autores que se encontraban componiendo sus obras. Por ejemplo, Luís de Sousa escribió sus *Anais de D. João III* contando con «seis livros do conde da Castanheira, mandados por D. Jerónimo d'Ataíde, filho do Conde de Castro[daire]»⁴⁹. Estos «livros» salieron de uno de los *cartórios* de

⁴⁶ *Gaspar de Haro y Guzmán a Jerónimo de Ataíde*, Fuenterrabía, 30 de mayo de 1660. BA 51-IX-14, fol. 452r.

⁴⁷ BA 51-IX-14, fol. 347r.

⁴⁸ Considérese este otro ejemplo: «No sé si peccaré en atreverme a suplicar a v.e. se sirba de prestarme para unos ocho días y no más los dos tomos que tiene del Diario de Felipe 3, por hallarme ahora ocupado en dar la última mano a lo que tengo de su reynado, y holgava poderme valer de algunos puntos que en esse Diario se hallan, assí como hize de la Chrónica de Felipe I que v.e. me prestó». *Jules Chifflet a Jerónimo de Ataíde*, En la posada [Madrid], 8 de noviembre de 1658. BA 51-IX-14, fol. 410.

⁴⁹ Véase Sousa, Luís de, *Anais*, II, p. 227 [«seis livros do conde da Castanheira, mandados por D. Jerónimo d'Ataíde, filho do Conde de Castro[daire]»]. En el código, ya citado, BNE, Ms. 11751, que fue, precisamente, de Jerónimo de Ataíde, se recoge un interesante «Papeis mais importantes dos livros de meu visavó», fols. 101r.-105v.

papeles que aparecían en el inventario de la *livraria* de 1634, antes citado, y tenían que ver con las andanzas en la corte de Juan III de Avis de António de Ataíde, el bisabuelo de Colares y el más ilustre de sus antepasados. Incluso el propio D. Jerónimo reunió distintas noticias «pera a vida» del primer Conde de Castanheira, salpicadas, por cierto, de los más sabrosos dichos de corte⁵⁰.

Él mismo se dedicó a escribir genealogías, porque esta materia, histórica y anticuaria, parecía especialmente apropiada para un titulado metido en la empresa de hacerse autor, aunque los verdaderos eruditos, como señala Aurora Egido con buen juicio, pudieran llegar a criticar a los aficionados cuando se adentraban por tan exigente y difícil camino sin una verdadera preparación⁵¹. Sin llegar a ser anticuarios, muchos nobles parecen haberse entregado a la tarea de escribir para sus herederos⁵², bien instrucciones para acudir con provecho a la corte, tan conocidas como la de Vega-Silva o la de Martín de Padilla, bien biografías de antepasados preclaros, como la extraordinaria vida de Manuel Machado que compuso el Marqués de Montebelo, quien, por cierto, nos ha dejado, además, unos magníficos retratos de sus hijos⁵³.

Algunos titulados apenas llegaron a componer breves historias de su propia casa con el objetivo de que sus hijos pudieran conocer su origen y grandezas, pero, también, los nombres de las personas o linajes con los que deberían mantener correspondencia de amistad o, por el contrario, animadversión. Considérese, entre otros ejemplos, el *Acuerdo y memorial de algunas cosas pasadas que hoy están en memoria del muy spectable señor don Jayme de Alagón, Conde de Villasoris*, en el que casi parece estar transcribiéndose lo que el noble recordaba en un momento muy concreto, como se apunta expresamente al decir que el «acuerdo y memorial haze [Villasor] en el mes de febrero de mill y quinientos y quarenta»⁵⁴. Otros señores, en cambio, concibieron sus *acuerdos y memoriales* de forma mucho más extensa.

⁵⁰ «Pera a vida de Dom António de Atajde...», BNE, Ms. 11751, fol. 131v.

⁵¹ Véase, a propósito de la distinción de Gracián entre los verdaderos historiadores y los que acumulan antigüedades, Aurora Egido, *Las caras de la prudencia y Baltasar Gracián*. Madrid: Castalia, 2000.

⁵² Nos ocupamos de esta cuestión en «Vies de palais: les biographies manuscrites comme manuel de cour», en *Arquivos do Centro Cultural Calouste Gulbenkian* (Paris) XXXIX (2000) pp. 63-85, a cuya bibliografía remitimos para esta extensa literatura que solía circular manuscrita, aunque no siempre, pues tanto la instrucción del Conde de Portalegre como la de Padilla fueron impresas en el Siglo de Oro. No obstante, las copias de mano corrieron en mucha mayor cantidad que las impresas, de las que sólo he llegado a localizar un único ejemplar de cada una de las citadas.

⁵³ Félix Machado de Silva, *Vida de Manuel Machado de Azevedo, señor de las villas de Castro, Vasconcelos & Barroso*. S. L.: Por Manuel García de Paredes, 1660. Entre tantos nobles aficionados a tomar los pinceles, Montebelo destaca por la alta calidad de sus retratos familiares, auténticas joyas de la cultura de corte seiscentista.

⁵⁴ BLB, Colección Fernán Núñez, Ms. UCB 143, Vol. 105 [*Inventario de los papeles de la casa de Sástagol*].

Haciendo alarde de memoria, que la debe dar el nombre, Juan de Funes recordó su vida entera para que la conocieran sus hijos en ese inestimable tratado que tituló el *Espejo provechoso*. La epístola dedicatoria a su heredero Francisco Jacinto, con la que da comienzo la obra, está firmada en Gelsa a primero de abril de 1639, pero el códice fue aumentado con diversos añadidos que extienden su rico contenido hasta mediados de la década de 1640, ofreciendo toda clase de noticias sobre los linajes, señoríos, mayorazgos y títulos que habían terminado por reunirse en «la casa y estado del Marqués de Osera».

Quien lo lee hoy puede darle la razón a Félix Latassa cuando decía que el Marqués «fue muy estudioso en la historia de su casa, y de graciosa espresion en la poesía». Y no sólo en ésta porque Juan de Funes se muestra ágil en las descripciones y en la narración, metiéndose a genealogista de su propia casa, a corógrafo de sus estados (Quinto, Estupiñán, etc.), a hagiógrafo, a propósito de la Santa Espina de Gelsa, y también a anticuario.

Parte importante de su *Espejo* es el «Discurso histórico de las antigüedades que se hallan en el lugar de Belilla», que era suyo, que se empeñaba en escribir con be con toda intención y a cuya famosa campana le dedica una atención especialísima, hasta el punto de recoger todas las noticias entonces disponibles sobre sus maravillosos toques, noticias que, como se sabe, fueron utilizadas por el padre Feijoo en su *Teatro crítico universal* a propósito de las tradiciones populares (Tomo V, discurso XVI), pudiendo conocer el beneditino esta obra de Osera cuando aún estaba en poder de los Atarés⁵⁵.

El estilo de Juan de Funes sale a relucir con desenvoltura en sus descripciones de lugares, de sus propios lugares, como, por ejemplo, cuando se ocupa así de Osera:

«Fue población de ochenta o más vezinos cristianos viejos y nuevos y por la expulsión de éstos, el año 1610 y por los estragos del río, está reducida a la mitad. Tiene una hermosa plaça rodeada de raçonables edificios, a quien haze frente el palacio del Marqués, fortaleza antiga, que ennoblecíó el gran don Francés [de Ariño] con moderna y vistosa fábrica, añadiéndole un delicioso jardín y frondosa alameda, a quien tanpoco a perdonado la furiosa corriente del río. Continua del palacio ocupa un gran lienzo de la plaza la yglesia parochial de Santa Engracia, que en primer lugar erigió de fundamento don Francés con la perfección y adorno que dexamos dicho en su vida».

⁵⁵ El *Espejo provechoso para la casa y estado del Marqués de Osera* se halla hoy en el Archivo y Biblioteca de la Casa de Alba, Madrid, Ms. 143. Remitimos a esta referencia para todas las citas en el texto.

Y algo hay también de buen narrador en otros pasajes del *Espejo provechoso*, como cuando, entre las muchas «ruynas que padezí en mi menor edad y con la expulsión de los moriscos y pleytos graves y gastos forçosos que he tenido», recoge la historia «del hechizo que a Don Juan hicieron y de la forma en que se deshizo».

Cuenta Funes, por entonces Señor de Quinto, que no pudo consumir hasta muy tarde su primer matrimonio con María Climente, de la casa de los protonotarios, porque cierto caballero, antiguo pretendiente despedido porque no lo eligió la novia, había pagado trescientos ducados a un clérigo y a una morisca que debían embrujar al joven esposo. El hechizo consistió en esconder una nuez con «dos figurillas de cera, una blanca que estava debajo de la otra, que era de cera negra, una cuerda de vihuela con tres nudos hechos en ella con algunos cabellos, un diente de un peyne, un poco de pan masado y cozido, un pedazillo de tafetán negro labrado que se conoció ser de un forro de una capa del Señor de Quinto y en lo último un pergamino escrito en unos caracteres colorados».

La narración se detiene en relatar cómo la dichosa nuez quedó escondida en casa de la morisca y que no fue posible hallarla hasta 1611 porque la casa había quedado cerrada al ser expulsada la hechicera a Berbería. Cuenta don Juan, también, que aprovechó una parte de ese tiempo en el que anduvo hechizado para ir «a ver a Madrid en el año de 1609, de allí se fue a ver a Toledo, el Escorial, Aranjuez y el pardo», regresando a Aragón al saber que «era del servicio del rey que se bolbiese... a tener cuydado de que sus vasallos moriscos no se inquietassen por la expulsión que se executaua en los de Valencia».

No sabemos si Juan de Funes volvió *remedón* de los sitios reales de la corte, como había vuelto el Duque de Béjar, pero posiblemente no, porque si en algún reino peninsular existía una verdadera tradición de nobles eruditos y escritores era Aragón, con el gran Duque de Villahermosa, Don Martín, como figura eminente. Lo que conviene destacar es que su *Espejo provechoso* va más allá de lo meramente genealógico y se adentra en las vías de la narración y, esto, en más de un género.

Como se sabe, su hijo, Francisco Jacinto de Funes Villalpando, aunque bajo el pseudónimo de Fabio Climente, también fue autor de novelas y de historias, como la *Vida de Santa Isabel, Infanta de Vngría*, que se publicó en Zaragoza en 1655 con una aprobación de Gracián⁵⁶. La obra está dedicada a su esposa, a quien el autor le ruega que lea «gustosa alguna obra mía, pues las que con títu-

⁵⁶ En Zaragoza: Por Diego Dormer, 1655. La aprobación de Gracián está fechada en Zaragoza a 16 de marzo de 1655.

lo de entretenidas han profanado retretes, y estrados, no te han debido la curiosidad (ya que no era posible la atención) de correr las primeras líneas», para despedirse con un sentencioso «vive como deseas, para vivir eternamente»⁵⁷.

No es éste mal pensamiento para cifrar los anhelos de algunos caballeros virtuosos del Barroco que buscaron mostrar su condición egregia *modo calamo*, a veces lejos de la corte real e, incluso, a espaldas suyas, convertidos ellos mismos en autores.

⁵⁷ «Fabio a su esposa», *Vida de Santa Isabel...*, sin foliar.